

¡MURIÓ EL PASTOR!

EN LA SENTIDA MUERTE

Del Illmo. Señor Obispo

DR. D. JOSE ANTONIO

DE LA

PEÑA Y NAVARRO.

PRIMER OBISPO DE ZAMORA.

¡Murió el Pastor! cerráronse sus ojos
Bajo la sombra de un humilde techo;
Llegó furioso el vendaval deshecho
Y del mundo fálaz lo arrebató.

¡Murió el Pastor! los montes seculares
Oyeron los suspiros de este anciano,
Vieron alzarse su temblante mano
Pidiendo triste proteccion á Dios.

Aquellos bosques de fatal recuerdo
Escucharon de su alma los gemidos,
Repitieron pausados los latidos
De su amante y sensible corazon.

Lloró la fuente entre las pardas rocas,
Las flores inclinaron su capullo,
Cesó del viento el matinal arrullo,
Y sus hojas el árbol inclinó.

Allá en la soledad del alta sierra
Opacóse la luz del sol fulgente;
Las estrellas huyeron derrepente
Y de la noche se estendió el capuz.

Y al pié de las altísimas montañas
Retumbaron los ecos del quebranto;
Sus hijos iban derramando llanto
Y decian sin cesar: ¡Murió el Pastor!

¡Murió el padre del huérfano inocente!
Acaso ahora en las desiertas calles
Prorrumpe en vano en dolorosos ayes,
Sin hallar quien le ofresca el negro pan.

¡Murió el Pastor infatigable y santo!
Errantes en el mundo sus ovejas
Alzan al cielo doloridas quejas
Sin quien pueda calmar su cruel dolor.

.....
.....
¡Llanto y desolacion, miseria y duelo!
El hermano se estrecha con su hermano,
Y tiembla y gime el impotente anciano
Luchando con la pena y la afliccion.

Yo tambien tiemblo, y me estremezco, y sufro,
Yo tambien lloro por el bien perdido,
Alzo tambien mi acento dolorido
Buscando al Santo sin poderlo hallar.

Yo ví ese anciano de rugosa frente
Alzar los ojos, y en el cielo fijos
Pedir perdon para sus caros hijos,
Para los hijos que el Señor le dió.

Ardia en su pecho de virtud la llama,
La inocencia velaba su semblante,
Siempre siguió con vista penetrante
Del hombre-Dios la salvadora fé.

Buseó un asilo en la region querida
De la deseada y plácida esperanza;

En pos corrió del puerto de bonanza
Al traves de la récia tempestad.

La caridad le arrebató en un dia,
Y le hizo atravesar largas colinas,
Hasta hacerle morir bajo unas ruinas,
Lejos del suelo que nacer le vió.

¡Llorad, llorad, los que escuchais mi canto
En este valle de miseria y duelo!
¡Un Justo menos con que cuenta el suelo!
¡Un Santo más en la celeste Sien!

Llorad pobres ovejas descarriadas,
Del Duero en las orillas silenciosas;
Alzad vuestras plegarias dolorosas
Pidiendo á gritos al Señor piedad.

Y si pasa el viagero fatigado
Y os pregunta: qué causa vuestras penas?
Decidle tristes que vivis apenas,
Decidle sin cesar: ¡Murió el Pastor!

Zamora, Julio 21 de 1877.

IGNACIO MUNGUÍA.

EN LA SENTIDA MUERTE DEL ILLMO. SR. DR.
D. JOSE ANTONIO DE LA PEÑA
Y NAVARRO,
DIGNISIMO OBISPO DE ESTA DIOCESIS.

Era un anciano en cuya frente pura
Brilló el candor del inocente niño,
De una alma limpia, como blanco armiño,
Que nunca el cieno mundanal manchó.

De la divina caridad, la llama,
En su sensible corazon ardía;
De sus labios, cual bálamo vertía
Dulces palabras de divina uncion.

Angel bendito que cruzó la tierra,
De los que sufren enjugando el llanto,
Y en la diestra mostrandoles en tanto
El lábaro divino de la Cruz.

En medio á la borrasca desastrosa,
¡Cuántas veces te ví, modesto anciano!
Sosteniendo seguro con tu mano
El sagrado estandarte de Israel.

Y entre el rugido de furiosas olas,
Encima del abismo amenazante,
Con la calma del Justo en el semblante,
La nave santa conducir te ví.

Así en la senda de la triste vida,
Hollando con tu planta las espinas,
A las fuentes purísimas, divinas,
Condujiste el rebaño del Señor.

Mas ¡ay! que en medio del redil se lanza
La fiera muerte que tu vida asecha
Y terrible, asestandote su flecha
Te hiere sin piedad el corazon.

Por eso, errantes, sin hallar abrigo,
En el campo balando tus ovejas,
Al cielo elevan doloridas quejas,
Y lamentan su mísera orfandad.

Y llora el jóven y el anciano llora;
Y triste se querella el desvalido,
Y el que hambre sufre, de dolor transido,
En vano busca al padre que perdió.

Por eso, un ¡ay! desgarrador, intenso,
Se escucha en torno á tu bendita fosa;
Por eso llora tu afligida esposa;
La Iglesia, madre de tu triste grey.

¡Angel viajero en extranjera tierra!
Ya que elevaste hácia tu patria el vuelo,
Dirije una mirada desde el cielo
Sobre tus hijos que llorando están.

Zamora, Julio 14 de 1877.

TEÓFILO PEDROZA.

UN RECUERDO

CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO,

DR. D. J. ANTONIO DE LA PEÑA

Y NAVARRO.

Negro crespon sobre la tierna lira
Coloquen otros al cantar tu muerte;
Negro crespon sobre la tumba inerte,
Negro crespon sobre la esbelta pira.

Razon tendrán, si buscan la materia
Que entre el sepulcro pavoroso duerme
De vil gusano á la carcoma, inerme,
Muda, impacible, descarnada y sería.

Yo no, que sigo la esplendente huella
Del ser querido que el humano llora;
Y al verle tan feliz en donde mora
Muy mas allá de la radiosa estrella,

Mis lágrimas ardientes se han secado
Al benéfico alhago de la creencia,

Y ante su sombra santa, en mi dolencia,
Desde entónces tambien me he prosternado....

Yo no, que busco en su Tabor la gloria
Que dá una cruz entre martirio santo,
Pues que en el valle de dolor y llanto
Fué la del Justo su bendita historia.

Yo no, que al repasar meditabundo
Su angustia, su pesar y sus desvelos,
Sus sacrificios y constantes duelos,
Pude medir su sinsabor profundo.

¡Oh! Cuántas veces fatigada su alma,
Como la rosa, doblégó su tallo!
¡Y cuántas al volver de su desmayo
Busca en los brazos de la cruz la calma!

Yo no, que al nauta descansado miro
Sobre las playas de la mar bravía,
Donde su barca destrozada un día
Pudo encayar al tempestuoso giro;

Y que siguiendo al inmortal viajero
Enmedio de tormentas y de abrojos,
Al fin contemplan con la fé mis ojos
Un sitial esmaltado de lucero.

Yo no, que al ver sobre la tierra umbría
Tender al pobre su bendita mano,
Juzgué encontrar del mísero, al hermano;
Juzgué encontrar al Hijo de María.

Yo no que al recoger, de uncion henchida,
La mística palabra que vertiera,
El acento escuché que recogiera
La montaña de Sion estremecida.

¡Llorar!... ¿Por qué llorar en su partida?
¿Los hijos de Israel llorar pudieron
Cuando del Cristo la partida vieron
De espléndidos arcángeles circuida?

¿Llorar pudieron cuando el Cristo un día,
Quebrantando la tumba se levanta,
Y radiando de gloria se adelanta
Hacia los hijos que á buscar venia?

¿Por qué llorar cuando el unguido anciano
Al mundo abandonando sus despojos,
Contempla á su sabor los blandos ojos
De la Madre del Hijo Soberano?

¿Llorar, cuando el Pastor infatigable
Con gozo celestial encuentra acaso
Su aprisco tan querido en el regazo
Del Cordero de Dios immaculable?

Yo no que al ver sobre su augusta frente
La plenitud del Sacerdocio Santo,
Miro flotar su purpurino manto
De un ángel en las alas muellemente.

Yo no que al ver al nuevo Aaron bañado
Por la luz del Espíritu celeste,
Ahora lo miro con su blanca veste
De placer inefable circundado.

¡Ungido del Señor! tu bien comprendo
Como presiento tu infinita gloria;
Por eso al consagrarte una memoria,
Blanco crespon sobre mi lira prendo.

Zamora, Noviembre de 1877.
MANUEL ROMERO.

OCTAVAS

COLOCADAS EN LOS PEDESTALES DE LAS COLUMNAS DEL TEMPLO

EL 13 DE OCTUBRE.

COMO LA PALMA.

Vivió como la palma luminosa,
En la pálida orilla del mar muerto,
Su pié sobre la tierra cenagoza,
Sus blandos brazos señalando el puerto,

Y su altiva cabeza venturosa,
Dominando la playa y el desierto.
¡Sacerdote de Dios! . . . como la palma
Brilló en el mundo tu sublime alma!

COMO LA FUENTE.

Al pié de las encinas seculares,
Sabrosa mana cristalina fuente,
Y á la sombra de frezcos plataneros,
Dilata entre las flores su corriente,
Y una estela de luz deja en los mares,
Al ocultarse el sol en Occidente.
¡Así tu vida fué, Pastor querido
Por la bondad del cielo protegido!

COMO EL ORO.

Guarda la tierra en peligrosos lazos
Beta ignorada de oro codiciado,
Que fiel trabaja con potentes brazos,
Humilde jornalero fatigado,
Y hermoso brilla en los sagrados vasos
Ese oro con afán pulimentado.
¡Así brillaste tú, digno PRELADO,
Ante los ojos de tu pueblo amado!

COMO EL DIAMANTE.

Bajo el cincel del hábil lapidario
Deja el diamante su menuda arena,
Y adorna la custodia del sagrario
Y resplandece con su luz serena,
Y entre el perfume fiel del incensario
Bendice á Dios que el universo llena.
¡Y tú fuiste, PASTOR, como el diamante,
Que irradia en la custodia rutilante!

COMO LA PERLA.

Guardan los senos del inmenso océano,
Perla radiante de precioso oriente,
La busca el Genio con potente mano,
Y al fin la alcanza su sublime frente,
Y en el altar del pueblo michoacano,
Brilla pura su luz resplandeciente.
¡Tú eres la perla del inmenso océano
Digno PASTOR del pueblo zamorano!